193

LA NOVELA SEMANAL

Carmen de Burgos
(Colombine)

LA MELENA DE LA DISCORDIA

30 cts

LA NOVELA SEMANAL

AÑO V | 21 MARZO DE 1925 | NÚM. 193

CARMEN DE BURGOS

«COLOMBINE»

La Melena de la Discordia

NOVELA

PUBLICACIONES
PRENSA GRÁFICA
MADRID

PONGA INMEDIATAMENTE
EN CURA SU BLENORRAGIA CON

"SALUX"

ANTIBLENORRÁGICO

Curación en 15 días.

No mancha, no irrita, no huele

Ptas. 12.50 frasco con interesante folleto explicativo

LIBROS PARA REIR DE LUIS ESTESO

A 1 peseta. *Para que rian las mujeres. Animales caseros. 300 chistes nuevos.*—**A 2 pesetas.** *Chistes y cuplés,* 70 cosas. *50 monólogos verdes. La sala del crimen,* novela. *Chistes míos y de ustedes,* 400 cosas. *Conferencias y humorismo. Teatro Fácil,* 16 comedias.—**A 3 pesetas.** *Novelas y monólogos escogidos. La lujuria,* novela. *La vanagloria,* novela. *Viajes por España.*—Pedidos: L. Santos, Carretas, 9. Madrid. Envíos contra reembolso.

Lea usted todos los martes

AIRE LIBRE

Revista deportiva

CARMEN DE BURGOS

«COLOMBINE»

uno, fuerte hálito de rebeldía intelectiva, de generosidad cordial, expande toda la obra de la insigne poligrafa. No puede, ciertamente, incluirse á esta mujer de excepción entre el grupo de las que sólo atienden á crear una literatura de «sábado blanco» y de biblioteca de las que llaman para señoritas. Nada más lejos su intervención como escritora, como profesora, como propagandista de las nobles libertades femeninas, de esa hipócrita riada de las novelerías sensibleras con que ahora se pretende dañar la recia contextura realista de nuestra novela netamente española. A igual distancia, también, se encuentra Carmen de Burgos de las feministas *de sainete, de las llecas de sensibilidad y de emoción, que adoptan figurines hombrunos en la indumentaria, en el espíritu y en las costumbres.*

No. Carmen de Burgos es siempre la mujer que, sin abdicar de los fueros de su sexo, sin desvirtuar las cualidades esencialmente femeninas de la mujer española, ha procurado lograr para sus contemporáneas el máximo de derechos y las más amplias perspectivas de la inteligencia.

Así, pues, cuando se estudie plenamente la obra de la insigne poligrafa, habrán de desglosarse, para la debida atención y cumplida exégesis, cada uno de sus aspectos. Porque Colombine, *desde la cátedra,*

desde el periódico, la revista y el libro, ha realizado una labor admirable de sociología, de literatura y de pedagogía.

Cualesquiera de estos aspectos bastarían para definir y destacar una personalidad en su época. Y, sin embargo, Carmen de Burgos les simultaneó con igual entusiasmo, con idéntica eficacia en una mutua fusión de capacidades. Así, las bellezas literarias iban á valorar el mérito de los trabajos sociales y críticos; la cultura moderna, bien orientada, daba solidez y profundidad á los trabajos puramente imaginativos.

Tres grandes campañas, que durante los últimos tiempos sacudieron la conciencia adormecida de España, tuvieron en ella no solamente una propagandista decidida, sino una verdadera inductora de nuevas iniciativas importantísimas: la lucha por la implantación del divorcio; la fraternidad hispanosefardita; el voto de la mujer.

Pero, además, en la natural expansión de sus ideales de universalidad, Carmen de Burgos ha procurado otras dos concordias de los intereses espirituales y materiales de nuestra raza con las de países afines: la alianza cada vez más estrecha con la América de origen é idioma españoles; el acercamiento, cada día más estrecho, entre todos los habitantes de la Península Ibérica.

Podríamos incluso afirmar que Portugal es como su segunda patria. Después de recorrer el mundo —Carmen de Burgos ha sido una viajera infatigable—, de conocer las más opuestas y antagónicas costumbres, los más atrayentes lugares, las más sugeridoras tentaciones de paisajes y de ciudades remotas, es Portugal quien la retiene en largas y fecundas estadas...

En otro tiempo ejerció activamente el periodismo. Acaso ninguna otra escritora española pueda disputarla la primacía de ese aspecto profesional de su

actividad, siempre alerta. En Diario Universal, *primero; en* Heraldo de Madrid, *después, ha dejado una huella honda y luminosa.*

En su producción literaria, vastísima, el biógrafo y el crítico hallarán infinitos temas para el análisis de esta gran imaginativa, de esta disciplinada investigadora. Desde sus novelas intensas de fondo, impecables de forma, á sus trabajos menores de divulgación femenina; desde sus estudios completísimos de grandes figuras literarias, como el tomo dedicado á Fígaro, *á las refundiciones de obras clásicas, como el* Amadís de Gaula; *desde las narraciones de viajes, rebosantes de amenidad, colorido y descripcionismo plástico, á las traducciones de los maestros del pensamiento moderno; de los cuentos breves, compendios emocionales de la vida, á las novelas extensas, como* Los inadaptados, La mal casada, Los anticuarios, *verdaderos modelos del género.*

Finalmente, Carmen de Burgos domina, con raro sentido de las proporciones, la novela corta; la narración que tiene agilidad de cuento y la constructiva importancia de una novela grande.

A lo largo de la enorme serie de publicaciones hebdomadarias que iniciara en 1907 El Cuento Semanal, *encontramos siempre el nombre y el arte de* Colombine *incorporados al de sus ilustres colaboradores. Y—ejemplo laudable—siempre en la vanguardia de las ideas estéticas y de las evoluciones sociales, siendo constantemente espejo de las inquietudes del momento, como en esta humanísima y actualísima* Melena de la discordia, *donde el agudo dominio psicológico que caracteriza á Carmen de Burgos tiene ocasión de manifestarse ante el artificio sentimental y las preocupaciones* puramente capilares *—de por fuera de la cabeza—, que son la única razón de existir para muchas madamas y madamitas de ahora.*

LA SEMANA PRÓXIMA

PIPÁ

NOVELA

DE

CLARÍN

(LEOPOLDO ALAS)

Ilustraciones de RAMÓN MANCHÓN

30 céntimos

La Melena de la Discordia

I

TRISCABA por las rocas de la costa, con tanta ligereza, como si el impulso de su carrera le impidiera detenerse y encontrar el equilibrio, con sus piececillos de niña y sus tacones Luis XV, sobre los picachos de las piedras.

El la seguía alucinado, con la visión de la figura graciosa y esbelta, que parecía ir á precipitarse en las olas.

—¡Cuidado, Adela, te vas á matar!

Rió ella, logrando pararse en un recanto. Sus manos ensortijadas trataban de asirse á las laderas del risco, ásperas y erizadas de puntas pinchosas.

—No tengas miedo, Andrés. Desde aquí es ya muy llano el terreno. Quiero llegar á la orilla del mar, para pasear descalza por la arena mojada.

—Eso es una locura.

—Lo hacia así cuando era niña.

—Pero ya está bastante lejos esa época.

—Y, sin embargo—siguió Adela—, aún siento el mismo ardor en la sangre y la misma sed en todo mi cuerpo cuando veo las olas.

Hablaba y reía, con una alegría tan franca, tan llena de juventud, que justificaba el evocar así aún los recuerdos de la infancia.

Alta, mórbida, admirablemente formada, tenía un rostro de facciones correctas, perfil clásico y color lechiterno, tan fresco, que le daba un aire entre gran muñeca de cera y niñota en la edad del pavo. Lo mismo podía tener diez y ocho años que treinta.

Andrés estaba serio. Rechazó el abrazo con que lo recibía cuando llegó hasta ella.

—Estate formal. No está bien que te pongas así.

—Pero si nadie nos ve.

Aquellas palabras parecieron tranquilizarlo. Miró, sin embargo, inquieto en torno suyo. A la izquierda, el horizonte estaba limitado por la muralla de rocas; á la derecha, el mar se extendía con un color verde-venenoso, rizado en ondas inquietas y amenazadoras, que venían á estrellarse á sus pies, en la arena color pan quemado, y rebotaban contra las piedras un torbellino de espumas blancas y cuajadas del continuo batir.

—Como no sea que nos vean desde algún barco lejano—insinuó ella, burlona.

—Todo puede ser—contestó él, sin desarrugar del todo su entrecejo—. Los zeiss hacen milagros.

—No seas niño. Ven.

Lo arrastró consigo, apoyándose al mismo tiempo en su brazo. Representaba Andrés unos treinta y cinco años; era fornido, sin ser grueso, de color moreno, ojos y cabellos negros, y rostro franco, que hubiese sido simpático sin el gesto adusto que inmovilizaba sus facciones, dándole un aire de monoculista.

La baja marea dejaba libre la playa. Adela se sentó sobre una roca.

—Ven, maridito, ¿ves qué bien estamos aquí?

—Hace demasiado viento. Mira cómo se lleva la espuma en dirección contraria á las olas. Parece polvo de agua.

—¡Esto es divino! Tenía yo una gana de estar así, á solas contigo una temporada. Me parece que vuelvo á nuestra luna de miel. Después de cuatro años de casados. ¿Te acuerdas? ¿Me quieres como entonces?

—Mucho más.

—Abrázame.

—Ten formalidad ahora

Hizo ella un gesto de impaciencia.

—Siempre eres el mismo. Tan preocupado de las cosas, de la formalidad. En Madrid siempre estamos separados con tus negocios y...

—¿Separados? ¿Falto yo nunca á comer á casa ó salgo de noche?

—No... Pero no eres tan mío a todas horas como aquí.

—Claro.

—Y luego las visitas, la familia, las cosas...

—Más te ocupas tú de eso que yo. A ti te gusta.

—No lo creas. Es que allí ¿qué se va á hacer? Mira qué contenta estoy aquí. Me encantan el mar y el campo. Yo nací á orillas del mar. Y me crié así, en el cortijo... Conozco una por una todas las hierbecillas silvestres.

—Si quieres nos quedamos aquí siempre.

—No digo siempre. Una temporada larga es delicioso.

—¿Pero qué haces?

—Me quito el sombrero. Me parece que mis cabellos son plantas marinas también y que tienen ansia de agua salobre en las raíces.

Al arrancarse el sombrero, el cabello, mal sujeto, se esparció sobre sus hombros. Juguetones rizos castaños, que la luz del sol doraba, le acariciaron la frente y el cuello. Respiraba con una voluptuosidad de animalillo sano, que siente el placer del ambiente, y se confunde con la Naturaleza en la comunión del aire y de la luz. Andrés se dejó seducir.

—¡Qué hermosa estás! ¡Cada día más hermosa!

Los labios rojos y gordezuelos, entreabiertos, dejaban ver los dientecillos blancos, un poco desiguales. Tenía la tentación de una granada zafarí.

Andrés olvidó sus preocupaciones para estrecharla entre sus brazos, sintiendo cómo le bullían en el rostro los cabellos sueltos y tropezaban con las suyas las largas pestañas.

Perdidos en su ensueño, sintieron el rodar de unas piedras desprendidas.

Un pescador de pulpos daba la vuelta á la cala para buscar nuevos cocones donde coger su presa.

Los calzones remangados dejaban ver la seca pierna negruzca y vellosa, y el pie descalzo, que se apoyaba sobre las rocas volcánicas, sin sentir su rudeza, como si por el hábito de ir desnudos hubiesen formado una especie de pezuña.

Iba en mangas de camisa, despecherado, al aire el florón del seno, y la cabeza cubierta por un gorro de tela amarilla.

Sobre su espalda colgaban media docena de pulpos, pendientes del bichero de que se servía para pescarlos, y que llevaba al hombro, á guisa de fusil.

Andrés rechazó á su mujer y se puso de pie. Se sentía avergonzado de que alguien hubiese contemplado su inocente intimidad. Apenas respondió á las «Buenas tardes» del pescador. Retenía con dificultad á Adela, que quería correr detrás del hombre y ver su pesca.

—Mira... ¿Ves qué tentáculos y qué ventosas tienen? Ya no pueden hacer daño, porque el pescador les ha vuelto la cabeza del revés como

-i fuera un saco. Son feos. Vamos á comprarlos.

—De ninguna manera. No es cosa de llevar eso al hotel. Yo no los he comido jamás. Mi madre dice que son duros é indigestos.

—Los madrileños no sabéis de eso. Se les da una buena paliza con una caña y están riquísimos.

Hizo ademán de levantarse y correr detrás del pescador, que se alejaba por la playa.

—No quiero que hables con ese hombre. Es tarde. Vamos para el hotel. Te has puesto impresentable. Tendremos que comer en nuestro cuarto.

—¿Por qué?

—Te has arrugado la falda. Te has despeinado. Sujétate el cabello.

—El sombrero lo tapa todo.

—Siempre se conoce. Sujétalo bien.

El mismo le ayudaba á ponérselo, encasquetándoselo sobre el rostro.

—Así...

—¡No lo encajes tanto!

—Debe ser así.

—Me dejas la frente pelada.

—No estaría bien de otra manera. Una señora seria no puede ir tan llamativa.

—Soy joven.

—No tanto ya.

—Otras...

—Sí... Pero son otros tipos, otra cosa.

Le arreglaba las patillas y le estiraba el vestido.

Adela lanzó un suspiro.

Cuatro años de matrimonio la habían acostumbrado ya á las disputas, y sabía lo imposible que era conseguir nada, ni luchar contra las preocupaciones de su marido.

Sin aquello, que ella llamaba *las rarezas de Andrés,* y que él consideraba *principios de dignidad fundamental,* hubiera sido dichosa. Pero á pesar de lo mucho que quería á su marido se sentía desgraciada, á causa de las pequeñas contrariedades que tenía que sufrir en todos sus gustos y sus costumbres.

Lo que más la molestaba era que en las intransigencias de Andrés veía las influencias de su familia, sobre todo de su suegra y de su cuñada.

¡Eran tan distintas las costumbres de las dos familias que se habían unido en ellos! Andrés pertenecía á la tercera generación de tenderos enriquecidos. Su padre se había educado oscilando entre la ostentación de la vanidad de los nuevos ricos, que quieren deslumbrar, y los instintos míseros de los que han sufrido la pobreza, con todos sus rigores y humillaciones. Se casó con una señora de familia hidalga, que fué la encargada de dar el tono aristocrático y severo á la familia, con tanto más rigor, cuanto necesitaba hacer olvidar que su marido no era más que un simple comerciante.

El [illegible]imonio tuvo dos hijos. Andrés y Juanita, á la que pusieron el nombre de la abuela, aunque para evitar la vulgaridad la llamaban sólo Nita.

Toda la vida de la madre se reconcentró en la educación de la hija. No la abandonó ni un momento en su camino, de la cuna al lecho conyugal. Pesó sobre su espíritu, lo moldeó á su capricho y logró que Nita fuese su imagen y semejanza.

Una muchachita arreglada, metódica, que se hacía los vestidos y los sombreros, y que limpiaba muebles y suelos al par de los criados.

Tenía la gran virtud de saber coger los puntos á los calcetines y las medias, y componer la ropa de toda la familia. Como era guapetona, no repugnaba á los jóvenes casaderos seguir las indicaciones de sus madres, que veían en Nita un excelente partido. Se casó antes de cumplir los veinticinco años con un primo suyo, socio de su padre, y como salió cadañera tenía satisfecha su inclinación á cuidar niños y á limpiar habitaciones.

Su ideal lo constituía ser citada como modelo de dueñas de casa y de madre que no piensa más que en cuidar á sus hijos. Ser buena madre era lo que más la satisfacía.

Vió con mucho disgusto toda la familia que Andrés, el niño mimado de la casa, en cuanto terminó su carrera de abogado y comenzó á

influir en política, se casara con una señorita sin fortuna, educada con todos los mimos y tolerancias de una familia aristocrática.

El padre de Adela, segundón de un conde, ocupaba un alto cargo en el Ministerio de Estado. Aunque no tenía más fortuna que su sueldo educó á la hija como si al morir él no hubiera de dejarla en la pobreza. Adela era instruída, elegante y acostumbrada á las fiestas, los deportes y los viajes; pero no entendía nada de las ocupaciones caseras, que eran la preocupación de Nita.

Sin embargo, para no desagradar á Andrés, toda la familia recibió á Adela con grandes muestras de cariño. No se atrevían á decirle nada, pero influían en él solapadamente llamándole la atención acerca de la severidad que necesitaba desplegar para que su mujer no pusiese en ridículo el buen nombre de la familia.

Andrés se había educado con todas las preocupaciones de los hijos de familias humildes y enriquecidas, que tienen siempre el temor de hacer mal papel cuando entran en una esfera superior á la suya.

Los dos primeros años de matrimonio, con todas las sorpresas y contrariedades del acoplamiento de gustos y costumbres, pasaron sin darse cuenta. El, ocupado en sus oposiciones y sus conferencias de propaganda política; ella, con las angustias de la primera maternidad, tan do-

lorosa, que el hijito murió á los pocos días de nacer, y los médicos aseguraron que no podría tener otro.

La falta de hijos en el hogar unió más al matrimonio, con gran escándalo de Nita, la cual decía que parecían amantes en vez de esposos. Para la suegra y la cuñada era inaudito que Adela llevase una vida tan despreocupada de los cuidados domésticos, y continuase vistiéndose y alternando en sociedad como cuando era soltera, con la excusa de que lo exigía así la posición que Andrés ocupaba en el foro y en la política. Pero, á pesar de aquella apariencia de libertad, Adela era víctima de las preocupaciones de su marido. Aunque la llevaba á todas partes y no era nada celoso, se mostraba implacable para su presentación, siempre mortificado por la idea del ridículo en que por causa de su mujer pudiera incurrir.

Era un censor celoso de todas las libertades de Adela. La joven estaba condenada al eterno traje sastre, al abrigo obscuro y al sombrero sencillo; de la misma forma siempre.

Su marido la acompañaba á casa del sastre, por ocupado que estuviese, para evitar los discursos en que el modisto le recomendaba novedades de telas y hechuras de moda, que podían tentar á Adela.

No había manera de variar; el traje de un año se parecía al del año anterior. Se encargaba

en la sombrerería la misma forma de sombrero repetidamente.

Era un disgusto cada sombrero nuevo.

—Mira éste qué bonito es—decía Adela, mientras giraba su cabecita con el modelo puesto, tomando un gesto, inconsciente, de maniquí, para hacer valer sus bellezas.

—Sí... Precioso... Pero para otra...

—Pues me hace buena cara.

—Resulta poco serio..., muy coquetón... Es para otra mujer... Una niñita... Una elegante.

Ella callaba, se resignaba; pero herida en lo más profundo de su alma porque su marido no la encontraba bastante hermosa y elegante.

Cada vez que salía con él á la calle tenía que soportar que Andrés le diera los últimos toques á su atavío. Tomaba él mismo el cepillo para que no tuviese polvo. Le colocaba á su gusto el sombrero, le estiraba el vestido, le arreglaba las patillas.

—No dejes de ponerte el velillo... El velillo disimula defectos de la piel... Entona la figura.

Quieras que no estaba obligada á envolver el rostro en el tul negro bien ajustado, á pesar de sus protestas.

—El velo es lo que más anticua á una mujer—decía ella.

—Se ha llevado y se llevará siempre—argüía él.

—Pero cambiando las formas y la calidad.

—Sí; ya sé... Las coqueterías del velo careta y

el velo flotante. Eso no es propio de una señora seria.

—Me lo pondré por la nariz, hecho un cucuño, en la nuca, como en la juventud de nuestras madres.

—No digo tanto... Pero si quieres salir conmigo, ponte el velo.

Se sentía molesta, en ridículo, con aquellas preocupaciones de su marido. Sabía que el sastre le contaba á todos sus amigos:

—La pobre señora de Aznar es una víctima. Siempre vestida como una vieja. No hace cartel, á pesar del cuerpo tan bonito que tiene. ¡Qué marido! No he visto cosa igual. Yo le temo á hacerle un traje. Viene á las pruebas, la mira, la remira; «que aquí hace un plieguecito», «que allí una arruga»... ¡Uf! ¡Pobre señora!

Le parecía que al lado de sus amigas, vestidas y peinadas de última moda, hacía un papel ridículo. Por eso no había querido ir aquel verano á San Sebastián con los suegros ni á Trouville con sus padres, ni á ninguna playa de moda, y había arrastrado á su marido á aquella playita del Mediterráneo, donde no había Gran Casino ni damas lujosas. Pero hasta allí la perseguían las preocupaciones de Andrés.

Treparon en silencio las rocas y se dirigieron al hotel, por el pintoresco camino que seguía la curvatura de la costa. Al otro lado se extendía un bosque de pinos, que con el calor del día lle-

napan la atmósfera de olor á resina. Se apoyaba perezosa en el brazo de su marido.

—Ponte derecha—dijo él—. Anda bien. A esta hora pasa por aquí mucha gente.

—¿Qué importa eso?

—No te importará á ti; á mí, sí. Hay cosas que no están bien.

Perdió la paciencia Adela.

—¡Oh Dios mío! Me gustaría quedarme aquí para siempre... pero sola...

—¿Sin mí?

—Sí...

—¡Hola!

—Te lo aseguro... Para ir á mi gusto..., para peinarme y vestirme á mi capricho... Sin estar siempre cohibida y contrariada.

—¡Ah, vamos; ya comprendo! Vuelves á tu manía. Quisieras vestirte como un loro... y cortarte la melenita. Pero eso á mi lado no puede ser.

—Y yo me resigno porque te quiero...; pero te aseguro que sufro... Eso es una tiranía... Debía existir el divorcio por incompatibilidad de gustos en el vestirse y el peinarse.

Seducido por la gracia de su esposa, Andrés la cogió cariñosamente del brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Te divorciarías tú?—le preguntó con voz llena de ternura.

—No... Pero créete que hay motivo. Si la ley fuera justa, se estipularía el régimen de libertad

de *toilette* al casarse, como el régimen dotal ó el de comunidad de bienes.

Volvió á ponerse él serio.

—Lo cierto es que estás dando á esto aires de tragedia. No sé qué quieres. ¿Deseas llevar las faldas cortas é ir clareándote?

—No...

—¿Te gustan los descotes hasta la cintura?

—No es eso.

—¿Quieres ir vestida como un arlequín y parecer así más vieja?

—Ya sabes que no. Pero quiero poder elegir un color, una hechura decente; á mi gusto.

—Te extraviarías con los consejos de los modistos y de las amiguitas.

—Sobre todo quiero peinarme á mi capricho... De moda. Ningún mal hay en ello.

—A mí me gustas así.

—Es un peinado de vieja.

—Te sienta admirablemente.

—Pues yo te aseguro que me molesta. No hay nada tan cómodo, tan encantador, tan limpio como la melena.

—No digas eso.

—Es bonita.

—Para verla en las otras. No en la mujer de uno. Y ya que me hablabas de leyes, sabrás que en algunos estados de Norteamérica hay una ley por la cual las mujeres no pueden cortarse los cabellos sin permiso del padre ó del esposo.

—Sí... Lo sé... Pero habrás visto que desde entonces es cuando más mujeres se dejan la melena sin hacer caso de las leyes. Como voy á hacer yo.

—Ese día era yo el que me divorciaba.

—¿Pero no me has encontrado hermosa hace poco cuando me despeinó el viento?

—Sí... Pero no está bien una señora con los pelos volando...

—¿Qué mal hay en eso? Señal que tienen raíces y que no son como esas cabelleras pegadas con baba de caracol que se peinan en las rodillas.

—No te digo que no; pero esa hermosura, que es lo que yo llamo *hermosura íntima*, la quiero sólo para mí. ¿Soy egoísta? Quizá; pero no puedo dejar de serlo, porque te quiero mucho.

—Sí... Porque me quieres y porque todos los hombres tenéis miedo de que si se acortan los cabellos se alarguen las ideas. No os conviene. Es mejor para vosotros que tengamos los cabellos largos y las ideas cortas

II

—Charito está encantadora.

—Más joven cada día.

Eran las exclamaciones constantes de todas las personas que iban llegando á visitar á los señores de Aresti.

Los ricos americanos venían todos los años á Madrid y contaban con numerosos amigos.

Eran un matrimonio muy unido, que no se separaba jamás. El, buen mozo, moreno, de carácter franco, demostraba una gran admiración y un gran amor hacia su mujercita. Se decía que ella era la que llevaba el dinero al matrimonio, aunque él tenía pujos de escritor, de político y de hombre influyente en su país.

Charito era una figulina delicada, de aspecto lánguido, una voz de mimo, un poco quejumbrosa y doliente. Daba la impresión de cosa frágil, quebradiza, con su tez transparente, sus manos cuidadas como si fuesen de marfil. Siempre estaba bien vestida y perfumada, como si el único objeto de su vida consistiese en atender á conservar la belleza y á ser elegante.

Cada año aparecía más joven, más lujosa, más bella, con su aspecto lánguido, la cabecita inclinada, como un pajarillo herido, y la voz dulce, lenta y quejumbrosa en su suavidad.

El matrimonio reunía aquella tarde en el *hall* del Hotel Palace á sus amistades en un té de despedida.

Charito estaba bellísima, en actitud estudiada de descuido, con esa dejadez de los cuerpos sin corsé que permiten apreciar mejor sus ondulaciones. Vestía un traje de crespón azul y violeta, con ligeras incrustaciones de piel de oro, descotado de manera que se veían los dos

hombros. En torno de su garganta daba tres vueltas, hasta la cintura, un fabuloso collar de gruesas perlas, que tenían un oriente semejante al de su tez.

La cabellera, cortada *á lo garçon*, ponía en sus facciones dulces un aire picaresco.

Ninguna de las damas que la rodeaban podía competir con ella. El marido hacía coro á los elogios que le tributaban. El tuvo cuidado de decir que el traje de Charito era de Drecoll, el modisto en boga en París; lo había hecho ir á América, porque ellos no esperaban venir á Europa para comprarse las cosas.

Entusiasmado con la atención de sus oyentes, describía los éxitos de su mujer:

—En el vapor de la Mala Real Inglesa, en que vinimos, no había otra tan linda como ella.

—Adrián. ¡Por Dios! ¡Qué cosas! No digas eso, hijo mío.

—¿Por qué no? Si es verdad. Y cuando desembarcamos fuimos al teatro, donde había una función de gala. Charito se descotó. No como se descotan aquí, sino como se descota allá una señora que se sabe vestir. Toda la espalda al aire. El Rey estaba en el teatro... Y toda la grandeza. No le quitó de encima los gemelos en toda la noche. Las damas todas estaban furiosas, y yo le decía á Charito: «¿No ves tú, niña! Voy á tener que llamarle la atención á ese moso.»

—¡Adrián, por Dios!

Adela volvió la vista hacia su marido; pero Andrés no escuchaba el relato, entretenido en conversar con dos señoras. Una de ellas se levantó y fué hacia la joven.

—Le preguntaba á tu marido dónde te ha tenido secuestrada este verano—dijo en voz alta.

—Hemos estado en una playa hermosísima.

—Yo fuí á San Sebastián y á Biarritz—dijo la señora—. Eso tiene la ventaja de que se compran las *toilettes* de otoño. Me he traído unos modelos de Caudau y de Tollman.

—A mí casi me ha arruinado la ruleta—dijo otra rubia—. Mejor ha hecho Adela en irse á una playa sin casino.

—Lo importante del veraneo—dijo don Valentín, un señor viejo, que parecía deleitarse con el ambiente femenil de las conversaciones—no es la playa. Una playa sin casino no tiene importancia.

—Pues yo aborrezco el veraneo—susurró la voz dulce de Charito—. Y me paso el verano en América aplatanada; es en el otoño cuando comienzo á renacer. Tomamos el barco y nos venimos á Europa.

—Y lo primero que hacemos—siguió Adrián, como si continuase hablando por su mujer, para evitarle la fatiga—es visitar España. ¡Queremos tanto á España! Después hay que dar un vistazo á París..., la Opera..., las novedades, y luego, de un salto, á Suiza.

—¡Qué horror!—exclamó otra dama—. Le tengo tanto miedo al frío y á la nieve, que no sé cómo hay quien vaya á buscarlos.

—Ese es un criterio muy antiguo—interrumpió Charito con poca cortesía—. Hoy no existe quien ignore que con el ejercicio y el aire de la Suiza se libra el organismo de las toxinas que se acumulan durante la estancia en las ciudades. Es el único medio de conservar la *souplesse* de la silueta y la frescura del cutis.

—No tienen ustedes idea de lo que nos divertimos en Saint Moritz ó en Chamonix—interrumpió el esposo—. Hacemos excursiones en *traineau,* patinamos por la mañana, corremos con los *skis* por las pendientes que dora un sol meridional. Se pasan los días sin sentir. A veces hay que entrar al salón de té con los zapatones de campo. Charito sólo se quita el pantalón para hacer la *toilette* de noche, porque el pantalón es ya la única *tenne* admitida por las elegantes. Ella está divinamente, con su melenita, su *sweater* y su *culotte* de lana.

—Aquí llevan poco la melena—dijo Charito—. No han entrado por esta moda.

—Sólo las muchachitas y las mujeres muy jóvenes—dijo Adela.

—Pues debían llevarla todas las mujeres—insistió Charito—. Es más ligera, más cómoda, más limpia. En Francia la llevan las señoras de edad lo mismo que las niñas.

—Es que allí no hay señoras de edad—atajó don Valentín.

—Tiene usted razón—dijo Adrián—. Francia tiene la cortesía de no ocuparse de la edad de sus mujeres. Charito ha querido decir que se ven melenas de cabellos color sal y pimienta y melenas blancas.

—Eso está ridículo—exclamaron algunas.

—No; eso está muy bien—contestaron otras.

Se entabló una discusión acalorada. Las señoras de edad y algunos maridos eran los únicos que defendían los cabellos largos.

—No se trata de que las mujeres vayan peladas al rape como los hombres. La melena no masculiniza, es moda de mujeres guapas; fueron artistas y grandes elegantes las que primero se cortaron las cabelleras—dijo una.

—No—interrumpió otra señora con aire de marisabidilla—. La primera que se cortó el cabello fué mademoiselle Chanel, proclamando que era el peinado del porvenir.

—Y tenía razón—arguyó una condesa feminista—. Las mujeres que trabajan y las que se dedican al *sport*, no tienen tiempo de hacerse peinados llenos de complicaciones. Los hombres, en vez de darle á las mujeres, para que se entretengan, un espejo y almendras tostadas, como quería lord Byron, les dan un espejo y un peine. La mujer emancipada no tiene cabellos largos ni faldas largas...

Charito desvió la discusión:

—Eso no es ya más que una cuestión de moda en todo el mundo—dijo—. Las primeras mujeres que se mutilaron los cabellos fueron consideradas con cierto desprecio social.

—Sin duda por un resto de las ideas visigóticas—dijo la sabia—, que inhabilitaban á los tonsurados.

—Pero el caso es que la moda cada vez hace más prosélitos. Las melenas no dan uniformidad, porque hay mil clases donde escoger, según el rostro de cada una. Se llevan á lo *garçon*, á lo *Titús*, que fué el peinado que usaran las *Maravillosas* del Directorio. Las melenas de lord Byron, de Julio de Goncourt y de Luis XVI tienen imitadoras.

—Lo más notable—siguió Adrián—es que un juez de Chicago asegura que ninguna mujer que lleve los cabellos cortados es capaz de suicidarse. Parece que la cabellera corta les da un optimismo que les hace amar la vida. Añade que entre la multitud de divorcios en que ha intervenido durante los dos años últimos, tiempo que hace que existe allí la moda de los cabellos cortos, no se ha divorciado ninguna mujer con melena. Los maridos se quejan de que sus esposas seducen á los demás hombres, pero ninguno se separa.

Don Valentín se echó á reir.

—No es precisamente la melena la que pro-

duce esos fenómenos—dijo—. Las mujeres que se cortan la cabellera tienen, en su mayoría, algo de esa «masculinización» que en el sentimiento y las costumbres adquieren las mujeres modernas.

—Llama usted masculinización á la libertad —objetó la feminista.

—Hay que llamarla así, señora, no porque ellas pierdan su delicadeza, sino porque hasta ahora sólo se le había permitido esa libertad á los hombres. Esa especie de masculinización les permite á veces desdeñar ya ciertas cosas de orden sentimental y no tomarlas en trágico, ni siquiera en serio. Por eso las mujeres con melena no se suicidan ni se divorcian.

—Tal vez.

Fué un asentimiento general, que cortaba la discusión.

Algunas señoras se levantaron para marcharse. Charito se acercó á Adela.

—Tú has estado muy silenciosa toda la tarde—dijo—. No nos has dado tu opinión.

—Es que Adelita es conservadora—dijo don Valentín—. Nunca he visto una mujer, tan hermosa como ella, que no se ocupe de la *toilette*.

—Quizá Andrés es celoso.

—¡Oh, no!

—Entonces. ¿Por qué no te cortas tú también la cabellera? ¡Estarás tan hermosa!

—Yo le he dicho muchas veces que parece una

mujer de otro siglo—continuó don Valentín—, con esa cabeza que se ha hecho. Resulta un anacronismo su peinado con su juventud y con su cara. Pero no me quiere hacer caso.

—¿No quiero ó no puedo?—murmuró ella.

—¡Ah, pobrecita!—exclamó Charito, contenta de haber arrancado una confesión—. Es tu marido, que no te deja. Te tiraniza... Ya me figuraba yo que no eras muy feliz.

—No es eso.

—Sí... Me lo figuro... Y tú te resignas. Eso es muy español. Si fuera yo no lo soportaba. Bueno fuera que los hombres se metieran en tales cosas.

Se dejó conmover Adela por la indignación de su amiga.

—¡Si te pudiera contar!

—¿Cómo no? Vente mañana á almorzar conmigo.

—No es posible.

—Entonces, vente luego. A las dos.

—Díselo á Andrés.

—¿Le pides también permiso para esto?

—Sí...

Charito se dirigió hacia él.

—Andrés. Quisiera robarle mañana unas horas á Adela. Voy á hacer compras y no quiero que me acompañe mi marido. Es demasiado gastoso. Iríamos las dos, si usted me la confiara.

—Con mucho gusto.

—Entonces yo iré á buscarla á las tres.

—No es necesario. Yo la traeré.

—Se lo agradezco de todo corazón; es usted muy amable.

Apenas entraron en el automóvil, que había de conducirlos á su casa, él dijo:

—Siento que tengas que venir mañana con Charito.

—No sé qué mal hay en ello.

—Son gentes tan frívolas, ven la vida desde un plano tan distinto del nuestro.

—Ella es feliz así.

—¿Y tú no lo eres?

—No digo eso.

—¿Estás disgustada por algo? ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Dímelo—insistió él con cariño, tomándole la mano.

—Te he dicho que nada.

—Pero no es cierto. Dime.

La estrechaba entre sus brazos con un transporte de amor.

—Estoy en ridículo—exclamó Adela, rompiendo á llorar—. Hago mal papel en todas partes donde voy. No tengo ni la libertad de peinarme á mi gusto.

El se sintió ofendido.

—¡Ah, vamos! Es tu eterna queja. Ya sabes lo que me disgusta que no seas razonable.

—Tú eres quien no es razonable.

—No seas injusta. ¿Es que ya no me quieres?

—Piensa lo que te dé la gana.

—Sé juiciosa. ¿Por qué ha de haber siempre esta discordia entre los dos por una futesa, cuando nos queremos tanto?

—Porque eres tiránico.

—Y tú caprichosa.

—¡Eso me falta! ¡Yo caprichosa!

—¡Y yo convertido en marido tirano!

—Esto no se puede soportar.

—Tienes razón. Estás insufrible.

Los dos guardaron silencio.

Era la eterna disputa que los separaba todos los días, aunque acababa en una reconciliación apasionada, de la que Adela sacaba siempre algún nuevo mimo ó alguna nueva concesión

III

La recibió Charito en pijama blanco con vueltas de seda verde.

—Qué gana tenía de que vinieras. No he dormido esta noche preocupada con que tú no eres feliz. Ven.

La llevó al lado de la ventana, y la hizo sentar en una gran poltrona de terciopelo rojo. Ella se dejó caer en otra y tomó de la mesita cercana una cigarrera de oro, con iniciales de diamantes.

—¿Fumas?

—No.

—Pruébalos... Están perfumados. Los perfumo yo de un modo especial y tengo que tenerlos escondidos, porque el goloso de Adrián se los fuma todos.

Hablaba con una animación rara, mientras encendía el cigarrillo con un gesto lleno de coquetería. Adela sentía cierto alejamiento de ella; como si estuviese en presencia de un muchacho. Charito no le parecía la amiga de siempre, sino un granujilla bien vestido.

Su amistad era antigua, amistad heredada de sus padres. Adolescente Adela, había conocido á Charito ya casada con Adrián Aresti, con el mismo aspecto que tenía ahora. Tal vez antes parecía un poco de más edad. ¿Qué años podría tener? Aquel milagro de conservación era interesante. Tenía algún secreto que le gustaría poseer.

—Cuéntame—siguió Charito—. ¿Disputaste anoche con tu marido?

—Sí... Como siempre.

—¿No es bueno para ti?

—Al contrario, buenísimo, me quiere mucho. No piensa más que en mí. Jamás se le ve solo en el teatro, ni va al casino..., ni me da celos.

—Entonces eres tú la que no le corresponde.

—Yo lo quiero mucho también.

—¿Por qué disputáis, entonces?

—Pequeñas cosas... Estoy segura de que to

das mis amigas, menos tú, se reirían si se las contase.

—Ya sé lo que es eso. A veces esas pequeñas contrariedades amargan toda una vida... Hieren tanto á un espíritu delicado, como las grandes cosas á los seres vulgares. Y parece ridículo que nos quejemos.

—Es eso lo que me sucede.

—¿No será efecto de que estáis siempre demasiado juntos, demasiado unidos? Sin darse cuenta se crea así un desequilibrio nervioso, una acritud. En los Estados Unidos hay una sociedad que vela por la felicidad de los matrimonios, y de vez en cuando rapta al marido ó á la mujer, y los tiene seis meses separados. Cuando vuelven á reunirse encuentran encantador lo que antes les molestaba.

Rió Adela, mientras Charito se esforzaba por hacerse creer, tomando un gesto de convencimiento.

—Yo te juro que si me encerraran con Adrián, á pesar de lo mucho que nos queremos, al cabo del mes nos habíamos arañado.

—A mí no me pasa eso. Pero estoy molesta por la falta de libertad para vestirme y peinarme á mi gusto. Ya ves tú, con la posición de Andrés, tenemos que hacer vida de sociedad; todas las amigas se visten, disfrutan, se embellecen, y yo tengo que presentarme siempre lo mismo en todas partes. Me hace ir al Real con

manga larga, y recibir en casa con el traje sastre. Hasta en la intimidad tengo el martirio de lo que él llama la corrección. Yo no soy dueña de ponerme una cofia de encaje, ni una bata suelta... Y no digo nada si me atreviera á ponerme un pijama como tú. Me mataba.

—¡Pobrecilla! ¡Pues estás aviada, hijita! ¡Oh, yo no aguantaba eso! Pero tú eres española.

—¿Qué voy á hacer? La culpa no es suya, realmente. Es la manera como lo han educado, el ambiente en que ha vivido. Su madre es una viejecita con el cutis estirado y amarillento, que parece un níspero, y alardea de que jamás usó otra cosa que el agua y el jabón.

—¿No tiene una hermana joven?

—Es peor que la madre. Se viste con lujo, pero sin gusto. Tiene aire de cocinera, ó mejor dicho, de ama de cría, que no sabe más que echar chicos al mundo y pasarse la vida detrás de ellos.

—A mí me dan asco esas mujeres así. Desconfío de ellas. A lo mejor...

—No, Nita es buena. Lo siente así... Tiene alma de criada.

La puerta se abrió con violencia y entró una señora alta, elegante, envuelta en un abrigo de *petit* gris.

Llevaba en la mano un paquete.

—¡Quietas, quietas!—exclamó—. No se molesten por mí. He salido de tiendas, y al pasar cerca no he resistido á la idea de venir á fumarme un

cigarrillo en tu compañía. Temía no encontrarte.

Mientras hablaba tiró el abrigo sobre el sofá, arrojó encima su sombrero y fué á dejarse caer en el suelo, en la piel de tigre que Charito había hecho extender sobre la roja alfombra del cuarto de hotel.

Un fuerte olor á morfina se extendió en el aire, dominando el perfume del cigarrillo.

Tenía unos ojos claros, vagos, de sonámbula, y llevaba una melena tan corta que descubría toda la nuca, rapada á navaja, un poco á lo quinto.

Sin esperar á que Charito se la ofreciera, cogió la cigarrera y comenzó á preparar su cigarrillo.

—¿Y tú, por qué no te quitas el abrigo y el sombrero?—preguntó Charito á Adela—. Ahora puedes hacer lo que quieras, ya que no está aquí tu marido.

Se volvió hacia la recién llegada, y le contó, con lujo de comentarios, la tiranía que Andrés y toda su familia ejercían sobre Adela.

—¡Qué lástima!—dijo la otra, arrojando el humo por la nariz, como un fumador recalcitrante—. Tan hermosa como es. Estaría deliciosa con otra *toilette*... Descotada... ¡Qué horrible peinado!

Adela se sentía á la vez confusa y halagada por aquellas manifestaciones de sus amigas.

—Don Victoriano dice—añadió Charito—que parece una mujer de otro siglo.

—Y tiene razón. ¡Oh, los maridos! El mio es otra alhaja... con dientes.

—¿También tú?

—También, hija, también. Tú has tenido una suerte sin par. Adrián es la mosca blanca.

—También tiene sus revesinos. Pero yo no me dejo dominar.

—Ni yo tampoco. Hago cuanto me da la gana, y ya sabe él que es inútil meterse en eso.

—¿Entonces, qué te pasa?

—Que no nos entendemos en nada. Que me aburro á su lado como una ostra cerrada.

—Pero, aparte eso, es un buen marido.

—Sí... Es de los hombres buenos... é insoportables. Un hombre reloj... Criado en Alemania... Figúrate. Se levanta todos los días á la misma hora, va al Banco con regularidad de cronómetro. Tiene que estar la mesa puesta cuando llega. Y no se interesa por nada, ni arte, ni literatura, ni nada en absoluto. Trae un paquetazo de periódicos extranjeros y se ocupa en leer el cambio de todas las naciones. En cualquier momento que le preguntes te dice la equivalencia de la peseta con todas las monedas d l mundo, hasta con la China, y quien dice la peseta, dice las de otros países.

—¡Es divertido!—exclamó Charito riendo.

Adela también reía, olvidada de sus preocupaciones.

—Hace días encontré en la calle á un señor

argentino, antiguo amigo de mis padres, y lo convidé á comer en casa para presentarle á mi marido. En cuanto nos sentamos á la mesa, mi buen Emilito comenzó á hablar de los cambios... El pobre señor no entendía una palabra de aquello. Figúrate. Yo no hacía más que darle puntapiés á Emilio por debajo de la mesa para que se callara, sin poder lograrlo. No me miraba siquiera. Por fortuna, logré meter baza, y hablar de literatura, de pintura, de viajes, y él no volvió á despegar los labios.

—Pobrecillo. Todo eso sería para él como para el otro los cambios.

—Lo gracioso no es eso. Sino que al despedirse mi amigo, me preguntó: «¿Quiere usted decirme, Matildita, por qué me han dado ustedes tantos puntapiés por debajo de la mesa? La primera parte de la comida ha sido usted; la segunda su esposo. Llevo las piernas que no las puedo mover.»

Cuando acabaron de reir, Matilde se puso de pie.

—No resisto á la tentación de despeinar á esta señora—dijo, dirigiéndose á Adela—y hacerle un peinado de moda.

—Es una excelente idea—exclamó Charito, levantándose también—. Verás qué guapa te ponemos.

—Pero, luego, Andrés...

—Le dices que he sido yo, que te he obligado.

Entre las dos le soltaron el cabello y la volvieron á peinar, cortándole los rizos alrededor de las sienes.

—¿Ves? Pareces otra mujer, y no te podrá decir tu marido que no es un peinado serio... Así lo vas acostumbrando poco á poco, y acabas por cortarte la melena.

Sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¿Se puede?

Apareció la cabeza morena de Adrián.

—Están reunidas las tres gracias; aquí venimos dos faunos—dijo con su ampulosa vulgaridad—. ¿Podemos entrar?

Detrás de él aparecía la silueta de Andrés.

—Esperen un poco—respondió Charito—. Me cogen en pijama, voy á echarme una bata.

Mientras hablaba se envolvía en una amplia bata de terciopelo oro-viejo, adornada de magníficas pieles. Hizo esperar poco.

—Pasen ya.

Se adelantó á recibirlos, y, tendiendo la mano á Andrés, exclamó:

—Mire, mire á Adelita. Me he entretenido en peinarla á mi gusto. Un mujer tan linda no debe llevar un peinado antiguo.

—Es el que adoptó cuando nos casamos.

—¿Y no quiere usted que sea antiguo? Las mujeres tienen que variar de peinados.

—Yo respeto la opinión de usted, pero un peinado, al que se es fiel, da personalidad. Cuando

se encuentra la línea que armoniza con el rostro, la silueta y hasta el carácter, no se debe cambiar.

—Si hiciéramos eso, serían ustedes los primeros en cansarse. A nadie como á los hombres les gusta el cambio. Yo creo que esa es la primera puerta de la infidelidad. Para conservarlos mejor, tenemos que renovarnos constantemente.

—No sabía que eras tan buen peluquero—interrumpió Adrián.

—Me ha ayudado Matilde.

Esta se había puesto su abrigo y su sombrero, y se daba rojo en los labios ante el espejo.

—Con lo que me he entretenido más de lo que pensaba. Espero que este caballero me lo perdonará.

—Me lo agradecerá, habrá usted querido decir—respondió él galante.

—Debía haberle cortado la melena.

—Me hubiera usted dado un disgusto

—¿No le gustan á usted las melenas?

—No es eso...

—Míreme usted á mí. ¿Le gusta, sí ó no?

—Muchísimo. Se lo aseguro; está usted tentadora.

—Entonces, ¿por qué no le gusta en su esposa?

—Ella no tendría ese aire malicioso que le da á usted la melena y que la melena necesita.

—Tendrá usted los prejuicios de la época en

que los cabellos cortos eran privilegio de las niñas, y se creía hasta deshonesto no dejarlos crecer, al convertirse en mujeres.

—Hay aún gentes severas que guardan esa tradición en España—repuso él—. No, no participo del prejuicio; pero en Adela me gusta el cabello largo.

—No la ha visto usted más que así.

—Es preciso no calumniar á las melenas—atajó Adrián—. Se asegura que así como Sansón perdió su fuerza al cortarle los cabellos, las mujeres ganan en virtud y ecuanimidad.

—No creo que influya tanto la cabellera—dijo Andrés.

—Pues es fácil que Aresti tenga razón en lo que dice—intervino Adela—. Por lo menos, las que prescinden de horquillas, adornos, y los mil inconvenientes que trae consigo la complicación del peinado, dan muestra de mayor sensatez.

—Y de mayor limpieza—siguió Adrián, contento del apoyo de la joven—. Las elegantes que se cuidan llevan melena, y, en cambio, las mujeres del pueblo, que no se lavan, guardan sus magníficas cabelleras aplastadas y lubrificadas por la grasa y la mugre. Si llevaran melena todas, se acabaría la vergüenza de anunciar específicos para *parásitos de mal renombre.*

Matilde cogió su paquete y comenzó á despedirse.

—¿Qué llevas ahí?—interrogó, curiosa, Charito.

—Tela para un salto de cama; pero es tan bonita, que tendré que fingir una enfermedad para que me vean con ella mis amigos.

—Me gustaría verla—dijo Adrián.

—Nada más fácil que abrir el paquete.

—Prefiero verla puesta.

Se acercó á su oído y salió detrás de ella, diciéndole algo que hacía oir su risa en el pasillo, mientras esperaban el ascensor.

Charito reía.

—Qué malo es este Adrián.

Adela miraba inquieta á su marido, algo disgustada por su galantería con Matilde, y pensaba: «Verdaderamente que este es otro mundo distinto del nuestro. Quizá tenga Andrés razón.

IV

El *auto* se detuvo en la puerta del Cinema, y Adela y Matilde bajaron de él envueltas en los magníficos abrigos de pieles.

Había comenzado la sesión, y la sala estaba tan obscura, que se detuvieron en la entrada, sin poder avanzar, hasta que llegó el acomodador, que con su resplandor de gran luciérnaga las guió á sus butacas.

—Nos hemos quedado demasiado atrás—dijo Adela.

—No quedaban ya palcos ni butacas delanteras—respondió Matilde—. Estos *films* de la Dubarry llenan el teatro. Es una mujer elegantísima que tiene el don de interesar á las mujeres más que á los hombres.

—Pues te aseguro que á mí me gusta más la Malaver; es más femenina.

El acomodador esperaba ofreciendo el programa. Matilde le dió una propina, y las dos amigas se quitaron el sombrero. Era el momento en que se acababa la primera película, y la luz inundante que llenó de pronto la obscuridad puso en todos los espectadores un aire de personas recién despiertas.

Las dos amigas recorrieron la sala con los ojos Estaba llena de espectadores. En los palcos había muchas personas conocidas. Los nombres de las dos estrellas de Cinelandia llevaban allí á muchas personas de la buena sociedad. Estaba lleno el local de mujeres bellas y elegantes.

—Fíjate—dijo Matilde—. Casi todas llevan melena, menos las señoras de edad.

—Es cierto.

—¿Ves cómo tú te la debías cortar

—No me atrevo.

—Tampoco te atrevías á cambiar de peinado, y ya ves lo que has ganado con hacerlo. Si no es por mí y por Charito, no dejas nunca tu peinado antiguo.

Adela guardó silencio. Encontraba que Ma-

tilde tenía razón, tanto más cuando sus palabras estaban de acuerdo con sus deseos.

Había sido Adela muy feliz en aquellos seis últimos meses.

Su marido había aceptado el cambio de tocado que le hizo Matilde, y desde aquel día pudo ir ya á la peluquería y peinarse de cien modos distintos.

—Tienes permiso para todo menos para cortarte la melena—le había dicho.

Aquella prohibición era lo que más encendía su deseo. Era la prohibición de tocar á la fruta del árbol de la sabiduría. No se sentía á gusto con ningún peinado. Deseaba la melena.

En momentos de amor, cuando lo veía dispuesto á todas las concesiones, insinuaba:

—Estaría yo tan á gusto con melena. Es tan cómodo.

—¡Qué locura!—respondía él—. Veo que es difícil que las mujeres se conozcan. La melena á ti te avejentaría. Sería una cosa ordinaria. Para estar bien con melena se necesita un tipo como el de Charito ó como el de Matilde.

—¿No me encuentras tan guapa como ellas?

—Mucho más. Pero es otra cosa. Tú tienes una nobleza y un reposo muy diferente de su coquetería.

Adela se tranquilizaba con aquellas palabras de los celos que sentía de Matilde en algunas ocasiones. Desde que se conocieron en casa

de Charito, se habían hecho amigas íntimas é inseparables. Andrés parecía dulcificarse con su intervención. Dejaba que Adela fuese con ella á las tiendas y que Matilde dirigiese sus vestidos. Encontraba de buen gusto cuanto ella elegía.

—Ya verás cómo poco á poco lo vamos *domesticando*—le decía Matilde—. Tú eres demasiado ingenua, y á los hombres hay que saber entenderlos.

Andrés estaba contento. Siempre galante y amable con Matilde, y más enamorado que nunca de su mujer. Sus asuntos iban bien; la fortuna llamaba á su puerta, y entre sus proyectos para lo porvenir estaba siempre todo lo que podía agradarle á Adela.

—No tenemos hijos—le decía—, y, por lo tanto, no necesitamos ahorrar. Esta primavera emprenderemos un viaje por donde tú quieras, y si las cosas salen bien, te he de comprar un collar de perlas como el de Charito.

—No deseo tanto. Prefiero la piel de zorro azul.

—Las dos cosas.

En cambio, la madre de Andrés y la hermana experimentaban un malestar envidioso de la felicidad de Adela. No le perdonaban su alejamiento, su afición á tratar gentes que no eran de sus amistades.

—Parece que nos tiene á menos—comentaba la madre

—Más vale así—respondía Nita—, porque la verdad es que pone en ridículo á la familia con esas modas tan exageradas y tan impropias de una señora.

—Pues no digo nada la amiguita. No quiero decir lo que parece.

—Estaría bien que le diera un disgusto con Andrés.

—No creo que está muy lejos.

—Yo no me quedo sin decirla las verdades.

Tomada esta resolución, Nita se marchó á ver á su cuñada. Cariñosamente, con una fingida inocencia, le expresó las dudas que le inspiraba Matilde; pero Adela no se dejó engañar. Veía la hipócrita maniobra de la cuñada, y salió en defensa de su amiga.

—Te equivocas. Matilde es toda una señora.

—No digo que no; pero la facha.

—Es la de una mujer elegante sin ranciedades.

—Vosotras llamáis ranciedades al recato y la honestidad. Yo lo que te sé decir es que á mí me criaron de otro modo, y no me pesa. Así educaré á mis hijas.

—Pues yo, si tuviera una hija, la educaría para que fuese una mujer moderna. Nada de almohadilla y dedales. No aprendería á coser. No le dirían que el diablo hace ovillos con los cabos de las hebras que se desperdician, para enseñarla á ser mezquina. No; mi hija fumaría, mon-

taria á caballo. No la educaría entre la aguja y la cocina.

—Por fortuna, no la tienes.

—Ni la deseo.

—Porque no sabes lo que son los hijos. No hay aureola más hermosa para la mujer que la maternidad.

—Sí, ya sé lo de la madre de los Gracos. Como que si no les metieran esas ideas en la cabeza, no aceptarían tan de buen grado la maternidad las pobres mujeres.

—¿Serás capaz de hablar así de lo más grande que hay en el mundo?

—No digo eso.

—A ti es á quien le haría falta tener hijos y saber lo que es una buena madre.

—La que no se come á ninguno.

—Eso es. Búrlate. ¡Ay! ¿Qué diría mi padre si levantara la cabeza y oyera hablar así á la mujer de su hijo?

—¿Y qué diría mi abuelo, el conde de Malpica, si viera casada á su nieta con un comerciante de bacalao?

La ruptura había sido ruidosa. A las voces de las dos señoras tuvieron que acudir los criados, para evitar que se pegasen.

A pesar de que Adela había ofendido á toda la familia, Andrés tomó su partido, y riñó con su madre y con su hermana.

Estaba Adela radiante con su triunfo. Verda-

deramente, su coquetería había despertado mayor amor en su marido. Se reía de aquellas ñoñeces de su cuñada, tan beata, que creía pecar en mostrar su belleza ante su esposo. Hasta en la intimidad se apretaba los cabellos para no estar *llamativa*.

—Tiene instintos comerciales—solía comentar con Matilde—. Para ella, el matrimonio no es más que una sociedad para tener hijos.

Había, por fin, llegado á tener toda su libertad. No le faltaba más que cortarse la melena. Tal vez aquel deseo se hubiera amortiguado sin los consejos de Matilde. En medio de todo, sentía cierto temor. Tantas discusiones y tantos comentarios habían acabado por impresionarla. Era una cosa trascendental cortarse la cabellera.

Adela, á pesar de desearlo, no podía considerar aquel acto con la indiferencia de su amiga. Experimentaba al pensarlo una especie de dolor de sacrificio, como deben tenerlo las novicias, que sienten que las tijeras, al hacer caer su trenza, las separan del mundo.

Era Matilde la tentación á su lado. Otra mujer más experta que Adela hubiera notado el interés de la amiga por su marido.

Con capa de inocente cordialidad había entablado un flirt con Andrés. Era su sistema para distraerse del descuido de su esposo.

Tenía un empeño de amor propio en que Ade-

la se cortase los cabellos. Necesitaba que tuviese melena para luchar con ella en iguales condiciones, porque Andrés, que no pasaba de la simpatía, pudiera comparar mejor.

Hacía una semana que Andrés estaba fuera, en el distrito, y las dos amigas apenas se separaban.

Los dos esposos cruzaban todos los días cartas apasionadas, que á veces Adela le mostraba á su amiga, para que viera cómo se podían tolerar las rarezas de Andrés, en cambio de aquel cariño, que hacía que no decayese su idilio amoroso y su eterna luna de miel.

—Hay que prepararle una sorpresa para cuando venga—le decía Matilde, ocultando su despecho—. Que te encuentre más bella aún. Es el momento que debes aprovechar para cortarte la melena.

Se le ofrecía en el *cine* una ocasión propicia de convencerla.

Arteramente le iba mostrando las lindas cabecitas con melena que había en la sala. No había peinado que diese la gracia y la soltura de la melena, sujeta con los peinecillos de concha.

Adela se sentía ya sugestionada por el espectáculo y por las palabras de su amiga. Lo que más fuerza les daba era el espectáculo mismo.

Cada vez que se apagaba la luz aparecían en la luna de la pantalla mujeres rutilantes, elegantísimas, que anulaban á todas las espectadoras, dominando ellas solas.

Y todas llevaban melenas, unas melenas ideales, que las prestaban mayor gracia, mayor soberanía. Parecían melenas peinadas, allá en el fantástico país de Cinelandia, por domadores de serpientes.

Después de la exhibición de aquellas grandes definidoras de la melena, al volver á encenderse la luz, parecía que todas las melenas de la sala estaban más alegres, más ufanas, más aconsejadoras.

Adela se convencía.

—Tienes razón. Debo cortarme la melena.

—Yo misma te la cortaré en cuanto lleguemos á casa. Me quedo á cenar contigo. Le telefonearé á Emilio. Me libro así de saber esta noche á cómo están las libras y los marcos, y de tomar mi inyección de morfina.

—Pero ¿vas tú á saber hacerlo?

—Ya lo verás. Admirablemente. Mejor que cualquier peluquero.

No quería que se le escapara su presa.

Comenzó la discusión de cómo había de ser la melena. Matilde se inclinaba á la melena de *bebé*, con el cabello liso.

—Es más bonita la melena lisa para las cabelleras obscuras—le decía—; las rizadas á lo *paje* son para las rubias, que guardan la luz en los cabellos y resultan más ligeros rizados.

Pero en aquel extremo Adela fué irreductible. Quería una melena muy femenina para empezar.

Una melena rizada, larga, á lo *Titus*, que no le dejase la nuca pelada.

—Vamos á hacerlo antes de comer.

En cuanto llegaron á la casa entraron en el tocador. Tenían todo el aire de mujeres que van á ejecutar un acto de gran trascendencia.

Con todas las luces encendidas y las tijeras preparadas, Matilde no podía dominar su contento. No pensaba para nada en Adela, que esperaba ya, paciente, con el peinador puesto, y envuelta además en un par de toallas remetidas por el cuello, á uso de peluquería. Pensaba en Andrés; en las ventajas que podía sacar de su impresión; en la venganza de haberle dicho que Adela podía estar tan bonita como ella con la melena, aunque menos maliciosa.

Se acercó á la joven, que se contemplaba entre el manto de sus cabellos, caídos sobre los hombros, como acostumbran á tenerlos las imágenes de la Magdalena, y comenzó á alisárselos con el peine de concha.

Los iba recogiendo con cierto deleite en la mano, como si formase un ramo de flores.

Adela callaba como adormilada y soñolienta. Pero cuando la tijera rechinó, comenzando á cortar su trenza, sintió un rehilo que corría á todo lo largo de su médula.

—¡No, no!

Se puso violentamente de pie, en actitud de defender algo que le era muy querido.

Miraba á su amiga de un modo casi rencoroso.

—¿Qué te pasa?

—No quiero, no quiero cortarme el cabello.

—Pues no te lo cortes. ¿Quién te obliga? Cualquiera creería que soy yo quien te incita.

—¡Me lo has aconsejado tanto!

—Porque creía hacerte un favor y cumplir tu deseo.

—Sí..., tienes razón... Pero me he puesto tan nerviosa. No soy dueña de mí.

—Cálmate... y seguiremos.

—No. Hoy no.

—Mira.

Le enseñaba la gran mecha de hermosos cabellos castaños que habían quedado ya en su mano.

Adela tenía lágrimas en los ojos.

—¿Te vas á quedar así, con la melena á medio cortar?

—Sí.

Su entonación era tan enérgica, tan decidida, que Matilde no se atrevió á insistir.

—¡Cuánto quieres á tu cabellera!—comentó, burlona.

—Mucho. Más de lo que creía.

—Y tienes razón... Pero no te ibas á quedar pelada. Los cabellos son *bienes raíces*.

Adela no la oía, atenta á arreglar su peinado. Tenía la mecha mutilada en la mano, y la vendaba tiernamente, como si quisiera curarla, con la venda de sus otros cabellos.

V

Tenía la habitación esa luz triste, escasa y velada que toman las estancias en las casas donde hay un duelo. Estaban entornados los postigos de madera de las ventanas y corridos los cortinajes.

Un olor á flores marchitas y mustias formaba ese perfume especial, que podría llamarse perfume de tristeza en las habitaciones descuidadas. Envuelta en un salto de cama de cachemira, que reproducía en seda el clásico dibujo de los mantones de alfombra, Adela estaba reclinada en una butaca, inmóvil, con los ojos enrojecidos de haber llorado mucho.

La puerta que se abría suavemente la sacó de su meditación.

—¿Ha llamado la señora?—preguntó la doncella.

—No.

—La señora debía tomar algo. Lleva mucho tiempo sin alimentarse y se va á poner enferma.

—No quiero nada.

—La señora tiene una visita.

—Ya he dicho que no estoy para nadie.

—Es doña Matilde.

—¡Ah!

—Le dije que la señora estaba indispuesta y preguntó por el señor; pero yo le he dicho que no estaba en casa.

—Bien hecho.

—Pero en lugar de irse, se ha quedado en el salón. Dice que la señora la recibirá ó se esperará á que venga el señor.

—¡Oh, no; eso de ninguna manera!—exclamó levantándose de su postración Adela—. Vete ahora mismo y dile que yo no la puedo recibir y que mi marido no volverá. Que se marche. Anda pronto.

Se pasó las manos por la revuelta melena con un gesto de desesperación, y hundiéndose de nuevo en el sillón, rompió á llorar.

Sentía un rencor profundo hacia Matilde. Se arrepentía cada vez más de no haberse sostenido en la resolución de no cortarse la cabellera, que tomó la noche en que sintió todo el espanto de lo irremediable al oir rechinar las tijeras con que Matilde cortaba su trenza.

Y pocos días después había cedido. La convenció aquello de que eran *bienes raíces* y pronto volverían á crecer. Habían ido juntas á la peluquería sólo con la intención de peinarse, y de

pronto se decidió. Era de un lado la visión de aquellas mujeres de la pantalla, de otro la insistencia de Matilde. Cerró los ojos, tratando de dominar la impresión nerviosa al sentir las tijeras chirriar cerca de su nuca. Cuando los abrió, su trenza estaba sobre la mesa.

Y, sin embargo, pasado el primer momento, eso no la impresionó todo lo que creía. La dominaba un sentimiento muy femenino, se encontraba bonita con su melena, más bonita que antes. El cabello cortado le prestaba mayor encanto, mayor gracia, más juventud y hasta se insinuaba en ella aquel aire malicioso, un poco truhanesco, que no había tenido jamás.

Pero no se sentía bien del todo. Le faltaba algo á lo que estaba acostumbrada á tener. Echaba de menos el peso de su trenza.

Matilde la consolaba hablándole de lo hermosa que Andrés la iba á encontrar, con un dejo de complacencia malsana.

Ella misma había llegado á creerlo, y por eso su desencanto había sido más terrible. Jamás había visto en Andrés un furor tan grande y tan profundo. La había rechazado, sin querer oirla ni verla. Se diría que la desconocía con su melena, que borraba ella misma, en aquella guisa, su propia imagen. Era otra mujer nueva.

En los primeros momentos la indignación dió ánimos á Adela. Puesto que su marido la maltrataba con sus caprichos inconsiderados ella se

iría con sus padres y no volvería á hacerle caso.

Ya había transcurrido una semana sin que los dos esposos se viesen. El pasaba el tiempo en el Casino y comía allí ó en casa de Matilde.

Cuando Adela lo supo, la acometió una rabia celosa. Comenzó entonces á ver claro. Matilde sabía todo lo sucedido y no había venido á verla. ¡Y era ella la que la había guiado por aquel camino!

Con los celos se despertaba su amor hacia Andrés más vehemente, y por un raro fenómeno en las celosas, se hacía más razonable y clarividente.

Veía el ridículo de todo lo que había pasado. Aquella tragedia que con una base tan deleznable se había buscado ella misma.

—Tenía razón mi madre cuando me decía que las que no tienen cuidados se los inventan—pensaba.

Poco á poco iba recordando las insidias de Matilde, su modo de meter cizaña, de irse captando la voluntad de Andrés. Hasta llegaba á dar la razón á su cuñada en ciertos puntos.

Se miraba al espejo con rabia. ¿Cómo podía intentar la reconciliación con su marido así? A ella misma le parecían su dolor y sus lágrimas una cosa falsa, caricaturesca bajo la melena.

¡Oh, si hubiera podido tirar de los cabellos, como de una cosa elástica, para que le crecieran!

Aborrecía ya aquella melena de la discordia.

que siendo cosa tan insignificante, iba á costarle la felicidad de toda su vida.

Volvió á entrar la doncella.

—Ya se marchó la señora. No crea que me ha costado poco trabajo. Insistía en ver al señor antes que se fuera... ó á usted.

—Antes de que se fuera ¿quién?

—El señor.

—¿Adónde va el señor?

—No lo sé. Pero debe ser á un viaje largo porque ha mandado preparar las maletas.

Se le angustió el corazón.

—Se va porque ya no me quiere. Yo no he tenido valor para irme.

Estaba presa de una inmensa ansiedad. Tenía que deponer su orgullo para salvar su dicha. Todas aquellas futesas que la habían empeñado en la melena por terquedad de niña mimada ante la prohibición, adquirían ahora una gravedad insospechada. ¿Pero sería tiempo todavía? ¿Volvería Andrés á la casa?

Le latió con tanta violencia el corazón al oir la voz de su esposo en el pasillo, que parecía que se ahogaba. Sentía latir su corazón en todo el cuerpo, como si toda ella fuese sólo un gran corazón. Tiró nerviosamente del llamador de la campanilla.

—¿Está el señor en su despacho?—preguntó á la doncella sin darle tiempo de hablar.

—Sí, señora. Ha pedido el coche para las ocho.

Miró el reloj. No eran más que las seis. Tenía tiempo de poner en práctica la idea que su amor le había sugerido. ¿Pero... y si se marchaba él antes? Sentía el terror de verlo alejarse sin saber donde estaba, de correr el mundo buscándolo.

Se despertaba, además, su amor propio, ¡Qué gozo para sus enemigos sería aquella separación! Sobre todo para su cuñada y su suegra.

¡Y aquella mujer que venía así á preguntar por su marido! Tomaban en ella cuerpo todas las insinuaciones que le habían hecho y que no había querido creer.

—Ponte cerca de la puerta de su despacho, Rosa—le ordenó á la criada—, y si ves que se dispone á salir, avísame antes de que se vaya.

—Está bien, señora. Descuide la señora, que no se me escapará.

Sentíase contenta y satisfecha de entrar así, de alguna manera, en un complot con los amos. No se ncontraba á gusto con aquella señora silenciosa, que ni siquiera se dejaba compadecer.

Rápidamente, Adela entró en su tocador y abrió un cajón. Allí estaba su trenza, su hermosa trenza brillante y lustrosa, viva aún, con esa vida de los cabellos que irían muriendo poco á poco, hasta quedar mates y desubstanciados.

Le pareció que su marido había tenido siempre razón, que ella había cometido un crimen matando aquella trenza. La tomó en la mano. Por el lado donde estaba el corte los cabellos

presentaban el florón de sus numerosas hebras. ¡Cuántos tenía! ¡Y tan largos!

—¡Qué lástima!—murmuró.

De buena gana se los hubiera anudado uno á uno, como hacen los grandes peluqueros en las rayas de las pelucas.

Enchufó rápidamente sus tenacillas rizadoras á la electricidad. Bañó su rostro en agua fría, se puso la crema y los polvos. Durante unos momentos las pinzas de depilar, la barra de los labios y el cepillito de las cejas y las pestañas arreglaron los ligeros desperfectos é hicieron valer todos los matices de su rostro.

Rizó la parte delantera de su cabellera en ondas, como tenía costumbre de llevarla antes de cortarse la melena.

Pero quedaba la parte más difícil. No llegaban los cabellos, tan cortos y abundantes, á la parte de detrás, para poderlos amarrar. Se le escapaban hilos, cintas y cordones.

Luchaba cada vez con menos éxito, según se iba poniendo más nerviosa. Al fin, con ayuda de las horquillas, logró atarlos sobre la nuca.

Volvió á coger su trenza, á la que sólo faltaba la cinta de color para ser un ex-voto, la enrolló y formó con ella un hermoso moño que se aplicó sobre la atadura.

¡La ilusión era completa! Estaba peinada como siempre, como si se hubiese hecho el milagro de la unión de los cabellos. Y al mismo tiempo la

invadía un mayor optimismo, una seguridad en sí propia. Era como si renaciera y se reconociese. Volvía á ser la mu er antigua.

Se puso el traje de cuadros, con descote en punta, que tanto le gustaba á su marido; lo perfumó con su *Ambar de las Pagodas* y se dirigió resuelta al despacho de Andrés.

La doncella, al verla pasar, tuvo un gesto burlón y despechado. Se le escapaba la comadrería con la señora. Iba á buscar al marido y á someterse. Bien empleado tendría lo que le pasase. Así abusan los hombres.

Pero Adela no la miró; iba andando como si llevase su cabeza toda separada del cuerpo y en equilibrio, sin atreverse á moverla.

Entró tan silenciosa en el despacho, que fué su perfume el que llamó la atención de Andrés para hacerle volver la cabeza. Estaba ocupado en recoger los papeles que se había de llevar.

Se quedó desconcertado al ver á su mujer. ¡Era su mujercita de siempre, con aquel traje que le sentaba tan bien y cuyos hombros le abrochaba él todas las mañanas para evitarse el llamar á la doncella!

Sí, su mujercita de siempre, sin melena, con su peinado habitual, con sus cabellos, tan queridos, tan acariciados; cuya electricidad parecía filtrarse, con su suavidad, por todos sus poros hasta llegarle al corazón.

¡Y eso en el momento en que él se iba á mar-

:har! Recogía todo el amor y toda la resignación que había en aquella aparición de su mujer, así vestida y peinada en esos momentos.

Lo invadió una ola de arrepentimiento. Se culpaba de su rudeza, de haber dado tales proporciones á una cosa que no las tenía. De buena gana la hubiera abrazado y le hubiera pedido perdón; pero su *dignidad de hombre* retenía su espontaneidad y le obligaba á permanecer serio.

Se miraban los dos enternecidos. Se veían por dentro, pero no se atrevían á hablar.

Andrés fué el primero en romper el silencio

—¿Por qué has hecho eso?

Su pregunta, en tono cariñoso y triste, era ya una promesa de reconciliación.

—Porque no podía creer que una cosa tan pequeña diera origen á que tú me quisieras abandonar.

—No hay hecho pequeño; lo que informa las cosas es la intención.

—Yo no he tenido más que la de estar bella y gustarte.

—¿No me gustabas bastante como estabas?

Ella respondió con otra pregunta:

—¿Y no te gustaba Matilde con melena?

Vaciló él en responderle. Negar hubiera sido una vulgaridad.

—Sí... Pero á cada persona le sienta bien una cosa distinta. A ti tu aire noble y á ella su expresión perversa.

—Preferías la severidad en la esposa y la coquetería en la amante.

Se convertía de acusada en acusadora.

—Matilde no ha sido mi amante.

—Por lo menos tu *flirt*.

—Una cosa sin importancia para mí.

—Pero no para ella.

—¡Qué tontería!

—Matilde tenía sus planes sobre ti. Mientras el marido se ocupa de los cambios de monedas, ella hace otros cambios.

—¿Y si sabías eso, por qué la hacías tu íntima?

—Tienes razón. Debía haberme dado cuenta; pero estaba tan inocente, tan confiada, que no lo he visto hasta ahora. Ella me aconsejaba, me obligaba... Quería separarnos... Y lo ha conseguido.

Hacía ese gesto gracioso, ese puchero de los niños que quieren aguantar las lágrimas.

—No. Eso no. No ha conseguido nada... Yo adoro siempre.

—Pero yo no puedo ya quererte—gemía ella, dejándose abrazar por su marido—. Es indigno lo que has hecho conmigo.

—Olvidaremos los dos.

—Has sido muy malo.

Continuaba en su queja, recibiendo los besos de Andrés sin devolverlos.

—Bésame tú—solicitó el marido—. Yo te perdono.

—No tengo nada que me perdones.

—Es verdad. Ha sido una tontería de los dos todo. Yo te prohibí la melena, y tú eras capaz de perder el Paraíso por satisfacer el capricho que la prohibición engendra. Desde Eva hasta mi Adela no se ha desmentido jamás la psicología femenina.

—Pero Matilde...

—No te ocupes de ella. No la recibiremos más.

—Es que yo no te puedo querer ya, pensando que me has sido infiel.

—Te juro que no.

—No quiero que ames á nadie más que á mí.

—Y tanto lo consigues, que porque con melenita no te parecías á ti misma, no te quería ser infiel con esa mujer nueva que nacía en ti.

—¿Me dices la verdad?

—No lo dudes.

—¡Sería tan feliz!

—Podemos serlo sólo con no enzarzarnos ya más en niñerías.

—Ya ves tú qué escandalo. Se enterará todo el mundo, los criados...

Volvió él á sentirse contrariado.

—¡Y quien está en ridículo con todo esto soy yo, únicamente! Yo, que me veré obligado á entrar en el gremio de esos maridos que exhiben la esposa descotada, con trajes transparentes, las piernas al aire y la melena de cupletista.

Tuvo ella miedo.

— Pero...

El no la dejó hablar, se enfurecía por momentos.

—Después de todo, las mujeres tenéis razón. Os parecéis todas. No tenéis idea de moralidad en cuanto se trata de lucir la belleza. Los culpables somos los hombres, los padres y los maridos, que toleran ciertas cosas.

Le echó los brazos al cuello.

—¿Vas á volver á empezar, Andrés? ¿No habíamos dicho que íbamos á comenzar una vida nueva? Ya no hay nada que nos separe. Mírame. ¡Soy tu Adela de siempre! ¿Ves? Me ha crecido el cabello, por un milagro de amor.

Más que sus palabras, abogaba por ella el perfume que embriagaba á su marido.

Insistió Adela

—¡Olvidemos todo! ¡Abrázame!

Al ir á enlazarla entre sus brazos, la trenza mutilada se escapó de la cabeza de Adela y cayó á sus pies.

Los dos se separaron un momento, confusos. La trenza estaba allí, en el suelo, con las horquillas clavadas, como una corona de espinas.

El reconvino

—¿Lo ves?

—No tengas cuidado—replicó ella—. Mi cabello crecerá, y entre tanto mandaré hacer una buena peluca de mi mismo cabello... ¡No te enfades!

E 10

Estaba hermosa, con los ojos suplicantes, húmedos y llenos de luz, la boca entreabierta, las mejillas encendidas y aquellos revueltos rizos de la melena, causa de la discordia, acariciándole el rostro. Andrés estaba deslumbrado.

La vió vacilar, como si fuese á caerse, y acudió á ella apresurado.

—¡Adela! ¡Adela! Haremos lo que tú quieras Dime que me amas.

—¡Te adoro!

Después del beso de paz se miraron sonriendo.

—¡Qué locura pensar que podíamos vivir el uno sin el otro!—dijo él.

—Es verdad.

—No pensemos más en ello

—Sí... Hay que olvidarlo todo. Yo llevare siempre mi peluca, como un castigo, hasta que me crezca el cabello.

—No... Eso no...—respondió él, hundiendo los dedos en la encrespada melena de la esposa—. La peluca la llevarás para la calle... Pero... cuando estemos solos los dos... ¡Estás tan hermosa así! ¡Puedes dejarte la melena!

Fin

Remington

J. Lavalette - Trafalgar, 6 - Barcelona